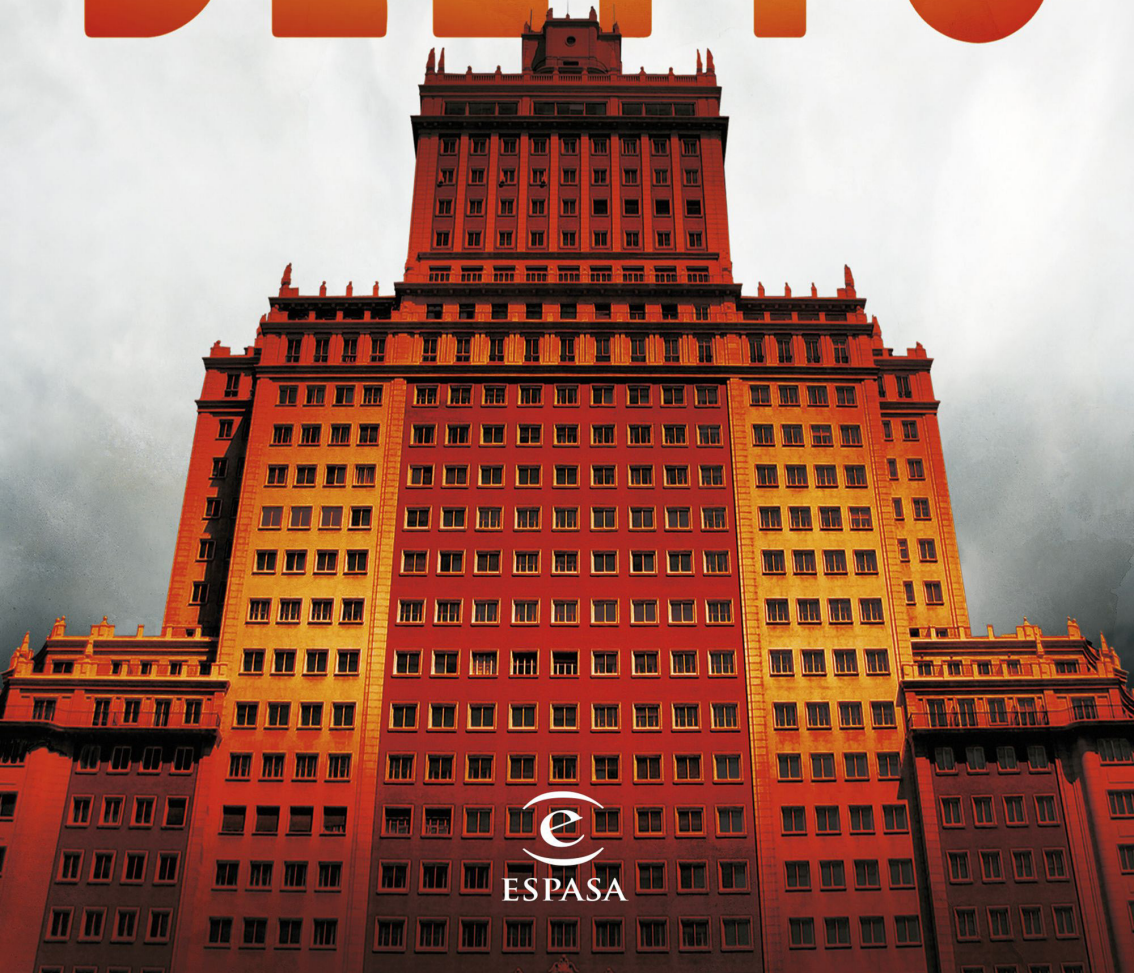


CARME CHAPARRO

DELITO




ESPASA

CARME CHAPARRO

DELITO



1

El primer cuerpo cae con un ligero adelanto. Son apenas unos segundos, pero tiempo suficiente para romper la estudiada coreografía prevista por el maestro de ceremonias, que chasca la lengua con desagrado. Al chocar contra la acera provoca un ruido extraño, casi musical; no como lo que se supone que es el fin de algo, sino más bien como el comienzo.

Un cuerpo haciéndose añicos suena a una extraña mezcla de algo duro rompiéndose y algo blando estallando.

Todo a la vez.

El primer ser humano revienta contra el asfalto a las diez y cuarenta y dos minutos de la noche del domingo 2 de junio. Un hombre que camina al otro lado de la plaza levanta instintivamente la vista. Le da tiempo a ver a varias personas —no sabría decir cuántas, le cuenta luego a la policía— en los alféizares de las ventanas de un rascacielos. Y de repente, antes incluso de que pueda asombrarse por lo que está pasando, todas ellas saltan a la vez.

Saltan a la vez y estallan contra el suelo casi al mismo tiempo.

Y, de nuevo, ese ruido indescriptible. Aunque mucho más intenso.

Esta cálida noche en Madrid, diez personas se arrojan al vacío desde diez habitaciones de la planta séptima del hotel que preside la plaza de España, uno de los más lujosos de la capital. Ninguna de ellas se había registrado en recepción. No llevan nada que las identifique. No se conocen. Sus mundos nunca se han cruzado. Hay una joven que apenas habrá cumplido los treinta años, pero también un hombre que pasa de los ochenta. Un cadáver lleva encima ropa por valor de más de seis mil euros. Otro había podido comer gracias a alimentos donados por una ONG. No hay huésped o empleado que recuerde haberlas visto en el hotel, ni objeto personal en las habitaciones desde las que han saltado; aunque sobre la mesilla de noche de la número 716 los investigadores encuentran un par de velas encendidas que parecen rezar a una pequeña Virgen a la que iluminan con suavidad.

Esa es solo la primera de las sorpresas.

2

Santi

El cuerpo es la manera que tiene el cerebro de conseguir todo lo que necesita del mundo exterior. Y el de Santi no lo había tenido fácil en la vida. Pobre en un colegio de pijos estirados e impolutos. Superdotado en un caro trampolín de mediocres. Y bisexual entre compañeros de pupitre cuyas familias solo aceptaban el sexo necesario para la reproducción humana.

En público.

En privado siempre es otra cosa.

Desde hace un tiempo, una noche a la semana Santi se llama Delito y actúa en la sala La Luciérnaga. El 2 de junio sube al escenario a pesar de estar de guardia. Esconde el móvil en la espalda, entre la piel y la faja que se coloca para comprimir los genitales. No le gusta que se le marquen bajo la ropa que suele usar en sus actuaciones, le parece ordinario. Cuando empieza a vibrar no le presta atención. Nunca es tan grave. Siempre puede esperar.

Pero cuando quien llama insiste, no una, sino tres veces, Delito se preocupa. Mira al público con picardía, deja de cantar y mete ostentosamente el brazo derecho en el escote trasero del mono de lentejuelas negro que lleva puesto.

Hasta el fondo.

Como si formara parte del espectáculo.

—Ay, queridos —susurra a su público, en tono cómplice—, que noto ciertas vibraciones.

La sala estalla en una carcajada, aunque la culpa es más de la hora, el alcohol y el estado de ánimo que del chiste, pretenciosamente malo. No puede ser que a una cabeza privilegiada como la suya se le ocurran estas mierdas. Se daría de hostias. Él no es así. Ni siquiera Delito es así.

—Un momento —le dice al público.

Les da la espalda, baja un par de escalones mientras la música sigue sonando y descuelga. Una voz atruena con fuerza al otro lado, demasiada para la hora que es.

—¿Qué cojones haces? ¿Para eso estás de guardia? Métete un supositorio de tabasco en el culo y ven aquí cagando leches —grita su jefe al otro lado de la línea.

Cuelga sin aguardar respuesta.

Nunca es tan grave.

Hasta que lo es.

Aún le queda un poco de maquillaje en el cuello cuando llega a la nueva sede del Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, en el extrarradio de Madrid, aunque espera haberse quitado bien toda la sombra de ojos porque siente que tiene que rendir respeto a los muertos, y eso solo puede hacerlo separando a Delito de Santi, al menos mientras está abriéndolos en canal.

—Las cinco y media. —Mal asunto que su jefe, el del supositorio de tabasco, esté allí la madrugada de un domingo a un lunes—. ¿Para qué narices estás de guardia? ¿Para que llegue yo antes?

«A ver, las guardias son para asegurar que en una catástrofe no estemos todos borrachos en un after, y porque nunca, en diez años, me ha llamado nadie durante una de ellas». Lo piensa, pero no lo dice. Al fin y al cabo, se lleva bien con Miguel. Nunca le ha hablado así.

—Perdón —se disculpa, algo también raro en Santi—, perdón. No me encontraba bien. Me he tenido que dar una ducha antes de venir.

Lo de la ducha es casi verdad, pero ha sido a chorros de agua desde el lavamanos del camerino que comparten las *starlets* del Luciérnaga.

—¿Tampoco te has enterado de lo que está pasando? —«No, jefe, si lo supiera, no pondría esta cara de idiota»—. ¿Ni siquiera has mirado las redes sociales o has puesto la radio antes de venir?

Santi baja la cabeza, fingiendo estar compungido, mientras cruza los dedos para que no le queden en el pelo, negro y brillante, restos de la gomina brillante que llevaba sobre el escenario.

—Sala tres —le gruñe Miguel, sin mirarle. Definitivamente, pasa algo grave—. Un policía te informará. Y ya te puedes dar prisa. Tenemos atasco. De los gordos.

Santi se encamina hacia su cadáver preguntándose qué mierdas ha pasado esa noche en Madrid.

—Cuerpo número ocho. —Un agente de unos cincuenta años lee el informe en una hoja de papel, alejado todo lo que puede del cadáver que yace sobre la camilla de autopsias. Será de los que se impresionan con las vísceras.

—Buenas noches lo primero, ¿no? —le saluda Santi, tratando de hacerse una composición de lugar; no es fácil deshacerse tan rápido de Delito.

—Sí, buenas noches, doctor.

—Por cierto, me llamo Santi y soy el forense que va a hacer la autopsia. ¿Te quedas?

El hombre niega con la cabeza. Ni soñarlo. No con un cadáver en esas condiciones.

—Cuerpo número ocho —insiste, volviendo a las hojas de papel del informe, como si quisiera sacarse el trámite de encima lo antes posible—. Varón sin identificar. Precipitado desde veintiún metros de altura contra una acera, en la plaza de España, hace unas siete horas.

«Vaya, un suicidio. ¿Para eso tanto lío?».

—¿Algo más, agente? —le pregunta Santi, sin terminar de comprender la situación. El policía sigue sin levantar la mirada de las hojas de papel.

—Se... —duda, y al final lo cuenta, más como un escupitajo de saliva que molesta en la garganta que como información—, se tiraron diez personas a la vez.

«¿Qué?».

—¿Diez personas?

—Pues... eso..., diez personas se han tirado a la vez desde la séptima planta del hotel de la plaza de España. Unos zumbados, una secta, seguro, que nos han jodido la noche a todos, como si no tuviéramos ya suficiente. El que tiene aquí es el cuerpo número ocho, se tiró de la octava ventana empezando por la derecha.

—¿Por la derecha mirando de frente al edificio —le interrumpe el forense, con voz seca, enfadado por el desprecio del agente a la víctima— o por la derecha visto desde donde se tiraron ellos?

—Pues... —el policía parece a punto de ponerse a temblar—, imagino que... —deja la frase en el aire.

—No pasa nada, compañero —«No. Un llorón a estas horas y con este sueño, no»—, no me hagas caso, estoy agotado, vengo sin dormir. Dame un poco de contexto, por favor. ¿Qué ha pasado?

—Parece un suicido colectivo —sigue nervioso, pero algo más calmado—. Pero de momento no conocemos la identidad de las víctimas, ni la relación que las unía. Se han arrojado al vacío a las diez y cuarenta y dos minutos de esta noche.

—Podían haberle dado a alguien. —Santi va vistiéndose para realizar la autopsia.

—Podía haber algún muerto más. Si llegan a caer encima de algún transeúnte...

—Se lo llevan por delante.

—¿Necesita algo más? —le pregunta el agente, con evidentes ganas de salir de allí.

—No. Puedes irte.

—¡Ah, por cierto! —El policía se gira cuando ya está saliendo por la puerta—. Me han pedido que le diga que en cuanto acabe usted tendrá que hacer más autopsias. Solo hay cuatro forenses para diez cuerpos. Que hable con su jefe.

A Santi le tocan los cuerpos número ocho y tres. Son autopsias de rutina, muerte por precipitación a gran altura, pero tiene que buscar posibles golpes o marcas en el cuerpo que pudieran indicar que las víctimas fueron forzadas a saltar o hacerlo inducidas por algún tipo de sustancia.

El cuerpo número tres pertenece a una mujer que tiene una cicatriz en la espalda compatible con alguna intervención quirúrgica o algún accidente, aunque los daños provocados por la caída no permiten distinguirla bien. Anota en la grabadora que cuelga del techo, y a la que le va dictando todo el procedimiento, que hay que buscar el historial médico del sujeto, para comprobar la causa de las cicatrices.

Cuando está a punto de colocar de nuevo el hígado en la cavidad torácica palpa algo extraño, una rugosidad que no debería estar ahí. Será del golpe, piensa Santi, el cuerpo entero se ha comprimido. Como para no estarlo. Sonríe con el humor negro de los que tienen profesiones chungas y necesitan de cierta socarronería de mal gusto para sobrevivir a ellas con lucidez. Alza la víscera entre las manos y la coloca bajo uno de los potentes focos médicos. Sí, la verdad es que está bastante perjudicado, aunque no huele a alcohol —otra vez el humor negro y absurdo—, pero no le da más vueltas. Quiere acabar pronto. Está cansado. Y borracho. No mucho, lo justo para que las cosas empiecen a resbalarle con suavidad y el mundo a su alrededor se revista de cierta aura pueril. Se encoge de hombros. Quizá sea un principio de cirrosis, o puede que la víctima tuviera un pequeño tumor y se lo extirparan, aunque el hígado es una zona complicada si las células malignas empiezan a reproducirse. Quizá lo único que ha hecho el cuerpo número tres saltando al vacío ha sido acelerar su muerte.

Cirrosis, tumor o aunque le hubieran implantado un árbol de Navidad con estrella y todo. Esa mujer que tiene sobre la mesa ha muerto por destrozarse a veinte coma cuarenta y nueve metros por segundo contra una acera de Madrid.

Así que una deformidad en el hígado no va a cambiar nada.

Pero se equivoca.

Lo va a cambiar todo.

3

Berta

«Para mamá, la maldición que cayó sobre nuestra familia comenzó un día muy concreto, el de mi parto. Ella estaba en la peluquería. Las primeras contracciones la pillaron con las mechas puestas y los pies en remojo. Un capricho que no podía permitirse, pero quería estar presentable para el ginecólogo. No le daba miedo el dolor, sino abrirse de piernas ante un hombre que no era su marido.

Tan rápido ocurrieron las cosas que mamá subió a un taxi mientras la peluquera corría detrás de ella arrancándole los trozos de papel de aluminio de la cabeza. “Mójese el pelo con agua, Francisca, mójeselo en cuanto llegue al hospital, que tiene la decoloración puesta y se le va a quemar... ¡¡Franciscaaaa, Franciscaa!!”, le chillaba la chica, arrastrando la última vocal como un mosquito agonizante, mientras veía a su clienta alejarse hacia el hospital.

—Perdone, doctor, no he podido ni depilarme y llevo el tinte del pelo a medias —se disculpó mamá con el ginecólogo cuando el hombre accedió por fin a meter su prestigiosa mano entre sus piernas para sacarme de allí tirando sin contemplaciones, como si arrancara de la tierra una patata más tozuda que el resto.

Dos años después, las contracciones del parto de mi hermano también pillaron a mamá en el Salón de Belleza Moderna Katy. Pero, esta vez, a propósito. “Ay, Katy, hazme unas mechitas, que ya no soporto esta panza”. No sucedió nada. Un par de días más tarde, mamá volvió a la peluquería.

—Hazme algo en el pelo, Katy.

—Pero, Francisca, si ya le dimos mechas antes de ayer.

—Hazme algo en el pelo, niña, que no me acabo de ver yo bien, me veo muy oscura —mintió mamá—. Dame un poquito más de luz.

Y a mamá le dieron más mechas hasta dejarla algo más rubia. Pero las contracciones seguían sin llegar, así que al día siguiente se plantó de nuevo en el Salón de Belleza Moderna Katy. Y la Katy, que

no entendía nada, pero sospechaba mucho, se volvió a poner manos a la obra pensando ya en cuántas clientas irían a retocarse solo para que les contara qué tornillo se le había caído a la preñada. Mamá pasó esa mañana de lucir mechass rubias a teñirse de castaño —“si le doy más decolorante, se le va a caer el pelo”, le había advertido la Katy—, y a la tarde siguiente de lucir una media melena castaña a llevar media melena negra. Después la media melena negra se convirtió en pelo corto negro con alguna mecha caoba. El séptimo día, Dios descansó, pero la Katy no. Lo que hizo la Katy fue negarse a teñirla más. “Tiene el pelo quemado, Paca, coño, que lo digo por su bien, se me queda entre los dedos, parece algodón de azúcar, se va a quedar calva”. Y fue entonces, en ese asombroso momento en el que la Katy rechazó a una clienta, cuando Francisca rompió aguas, allí, ensuciando irremediamente la falsa alfombra persa de la zona de entrada del Salón de Belleza Moderna Katy.

Fue un niño. Un rollizo niño de más de cuatro kilos con cinco dedos en cada mano y cinco en cada pie. La Paca era feliz. Ya tenía al varón que quería.

El que nos hizo desgraciados a todos.

Años después, mamá sostenía ante todo el que quisiera escucharla que la culpa la tenían los tintes del Salón de Belleza Moderna Katy, esos malditos productos químicos que penetraron en la cabeza de su hijo a través del líquido amniótico y le estropearon el cerebro.

Cuando pasó todo, ella se quedó a defenderlo con uñas y dientes, peleando como una jabata, partiéndose la cara por su hijo.

Yo hui como una rata».

El día que Berta regresa a Madrid, once años después de escapar, todas sus pesadillas se van cumpliendo, una a una.

De nuevo, no se despide, aunque esta vez ya de manera irremediable. Ni siquiera es capaz de llegar a tiempo al funeral de su madre. A lo lejos ve salir de la capilla del tanatorio a las mujeres del barrio, las pocas que permanecieron fieles a Francisca, en una firme red de solidaridad femenina. A lo lejos las sigue hasta el callejón en el que se encuentra el nicho que su madre pagaba religiosa-

mente cada mes. A lo lejos lanza un beso, el último. A lo lejos, se disculpa. «Siento no haber estado a tu lado, perdóname, por favor, mamá», susurra inútilmente al cálido aire de verano.

Mamá. Hace once años que no pronunciaba esa palabra en voz alta.

Del cementerio a casa de su madre Berta pisa un Madrid que no le parece el mismo. Algo ha cambiado, no sabe si la gente o el latido de la ciudad. O quizá sea desánimo, como si de repente los madrileños hubieran perdido la confianza en el cielo que los cobija. Oculta tras un amplio gorro de verano y una peluca que usó los primeros meses tras la huida, arrastrando una pequeña maleta con lo indispensable, baja del taxi —el mismo que la ha esperado en el cementerio— y camina por el nuevo tramo peatonal de la calle —«¿Cuándo lo habrán hecho?», se pregunta— hasta la portería, sin apenas atreverse a levantar los ojos del suelo, como si la gente pudiera olfatear su miedo a través del aire que exhala pesadamente por la nariz.

Teme que alguien la reconozca.

Siempre hay alguien que termina reconociéndola.

Por eso se tuvo que ir tan lejos.

Y tan sola.

Contra todo pronóstico, la llave encaja apaciblemente en la cerradura y puede girarla con suavidad hasta el tope final. La vieja puerta de madera cede hacia el interior del piso y, casi sin darse cuenta, Berta se encuentra al otro lado, plantada como un estafermo en el centro del viejo recibidor.

El aire es espeso y el polvo se le cuela por la nariz.

Parece una vivienda congelada en el tiempo, como si nada hubiera pasado desde la huida. Berta cuenta el tiempo así. Esto ocurrió tres años antes de la huida. O seis meses después. Su vida existe alrededor de la cicatriz de ese momento.

Y ahora no sabe si empezará a contarla a partir del regreso.

Hoy sería el día uno.

El día uno después de volver.

Al encajar la puerta, tiene la sensación de que lo que se está cerrando no es una casa, sino la tapa de su ataúd.